

## **“NACER DE NUEVO”: AMAR Y SERVIR PARA VIVIR**

### ***Llamados a un estilo de vida testimonial***

***Liliana Badaloni O.P.***

***Pedagoga***

La vocación de especial consagración, aquella que se va construyendo desde la profesión de los Consejos Evangélicos, está llamada a concretar un estilo de vida testimonial, buscando eso de vivir como Él vivió. Si bien todos los bautizados somos llamados a ser discípulos de Jesús y la vocación a la santidad, que es plenificar de alguna manera lo humano que somos por esencia, es universal, la Vida Consagrada es una invitación a concretar de una especial manera, esa común consagración que constituye el Bautismo que en su centro contiene el compromiso de ser discípulos de Jesús de Nazaret. Por esto, la Vida Consagrada tiene que evocar la vivencia de Jesús, y así ser memoria en el momento histórico que nos toca habitar, actualizando una identidad: *la identidad de una discípula, de un discípulo de Jesús*; ser evocación del Evangelio de Jesús de Nazaret; mostrar su mirada; su manera de pensar; encarnar sus opciones; vivir su ternura; indicar cuáles son los caminos que respetan a toda vida. Todo un programa que genera una auténtica fecundidad en nosotros. Sí, somos invitados a concretar aquello que Jesús indica a Nicodemo, cuando lo fue a visitar de noche, porque reconocía a Dios en Jesús por las señales que hacía. “Jesús le respondió: te aseguro que, si uno no nace de nuevo, no puede ver el reino de Dios” (Juan 3,3). Por lo tanto, para comprender a Jesús, para ver y captar el reino, hay que nacer de nuevo. Nacer del Espíritu.

¿Cuáles son esas evidencias de que vamos naciendo de nuevo? Son las señales que van indicando que Dios nos habita, por ejemplo, vivir evidenciando la conciencia de que todos somos hermanos con un obrar consecuente; donar nuestro tiempo logrando ser capaces de soñar juntos y hacer frente a las sombras de los conflictos, a los sufrimientos; trabajar por superar las divisiones; no descartar a aquellos que nos parecen ser no útiles o a aquellos que otros clasifican “como que no sirven”; defender los derechos de todos y entregar la vida para superar toda forma de esclavitud; acompañar la recuperación de la dignidad humana; reconocer a todo prójimo siendo buen samaritano en nuestro camino.

En la medida en que vamos naciendo de nuevo al ir dejándonos trabajar por el Espíritu, nos vamos convirtiendo en esos “odres nuevos” que contienen vino nuevo (Cfr. Juan 2,1-10). En ese nacer de nuevo, se hace presente, a través nuestro, el vino nuevo del sueño de Jesús; y entonces es realidad en nosotros ese ser mediación para sanar heridas en el camino, heridas que muchos ignoran y por eso pasan de largo; por el nacer de nuevo, se visibiliza ese regalar cercanía y ternura a aquellos con quienes nos encontramos; naciendo de nuevo, trabajamos por cultivar un corazón abierto a la diversidad, a lo distinto; nos acercamos a las distintas periferias de la vida; concretamos ese cuidarnos con sinceridad mutuamente; logramos alejarnos consciente y cotidianamente del peligro de no amar; nos ocupamos en superar ciertos límites encarnando en actitudes concretas los verbos acoger, proteger, promover, comprender, integrando a las personas diferentes que llegan hasta nosotros o a nuestro ámbito.

Cuando nos abrimos a ese “nacer de nuevo, nacer del Espíritu” ocurre en nosotros “algo” que hace emerger la necesidad de “permanecer con Él y vivir como Él vivió” (1 Juan 2,6.) y las tinieblas se van disipando y empezamos a ver mejor, más lejos y distinto y nuestras reacciones van abriendo lo local a lo universal; comenzamos a buscar la manera de transformar la política existente, porque nos damos cuenta que no habrá fraternidad universal y paz social sin buena política e intentamos sumar voluntades para que avance una justicia para todos; afirmamos el cultivo de una política que lleve la dignidad humana en su horizonte y tenga la caridad social como eje; una política que afronte los problemas de la realidad de hoy y no se pierda en el partidismo; que renueve las estructuras, y organizaciones sociales y transite por los caminos de un diálogo que respeta el punto de vista de todo otro y busca así la amistad social en el encuentro con los más desfavorecidos. Naciendo de nuevo también curamos las heridas del desencuentro y colaboramos en que se restablezca la paz, buscando de manera proactiva la reconciliación y la superación de los conflictos. Cuando permanecemos con Él y buscamos vivir como Él vivió, se logra respetar todas las religiones y ponerlas al servicio de la fraternidad en el mundo en la conciencia que el diálogo entre religiones hace presente a Dios en ese mundo y que ningún tipo de violencia encuentra fundamento en las convicciones religiosas. Cuando permanecemos con Él, podemos establecer entre las religiones amistad, paz, armonía, compartir valores y hacer un camino de paz.

En un caminar así, consciente, que acoge y abraza la realidad histórica en la que vivimos, y en la que, como Jesús, pasamos haciendo el bien, (cfr. Hechos 10,38), el Dios Misterio hace gratuitamente su trabajo de transformación en nosotros; vamos descubriendo con mayor profundidad la vida de Jesús, y podríamos decir que, nos vamos enamorando de la propuesta de Jesús y optamos por vivir *“una vida escondida con Cristo en Dios”* (Cfr. Colosenses 3,3), enraizados en la historia concreta, con los pies bien apoyados en la tierra, para buscar el triunfo de la vida, con nuestro testimonio y compromiso.

Para vivir así nuestra misión, como consagradas y consagrados, tenemos que transitar un camino, más largo o más corto según las personas, un camino que en su raíz, en su comienzo y en su trayecto, tiene la vivencia-experiencia, de haber encontrado ese tesoro escondido en un campo que, descubriéndolo un ser humano, lo vuelve a esconder y, lleno de alegría, vende todas sus posesiones para comprar aquel campo (cfr. Mateo 13,44); o esa perla de gran valor, que descubre un comerciante de perlas. Al descubrirla, va, vende todas sus posesiones y la compra (cfr. Mateo 13,45-46).

Cuando se descubre este tesoro o esta perla de gran valor que es la vida discipular a través de la Vocación Consagrada y su misión de transformar al mundo desde la realización del bien, respondemos conscientemente a ese llamado, poniendo el corazón en este tesoro o en esta perla, porque: *“donde está tu tesoro, allí estará también tu corazón”* (cfr. Mateo 6,21) y la fidelidad requiere que depositemos nuestra corazón en ese tesoro o en esa perla de gran valor. Para permanecer en este dejar el corazón reposar en el verdadero tesoro, la consagrada, el consagrado, tiene que abrirse cotidianamente y en la práctica del silencio a la escucha de la Palabra; dejarse conducir por la Palabra y desde esa Palabra, descubriendo a la persona de Jesús cada vez con mayor profundidad, permitir la propia transformación personal. *“Así pues, quien escucha estas palabras mías y las pone en práctica se parece a un hombre prudente que construyó su casa sobre roca. ...”* (Cfr. Mateo 7,24-27).

Toda vocación tiene que ser alimentada constantemente por la Palabra y de esta manera lograremos hacer realidad en y entre nosotros eso que dicen los Hechos: *“Los cristianos ponían todo en común y no había indigentes entre ellos”* (4, 32-34). Es esta vida la que hizo que se pudiera expresar, en los primeros tiempos del



cristianismo, de las discípulas y discípulos de Jesús: “¡Miren cómo se aman! Miren cómo están dispuestos a morir el uno por el otro” (Tertuliano Siglo II).